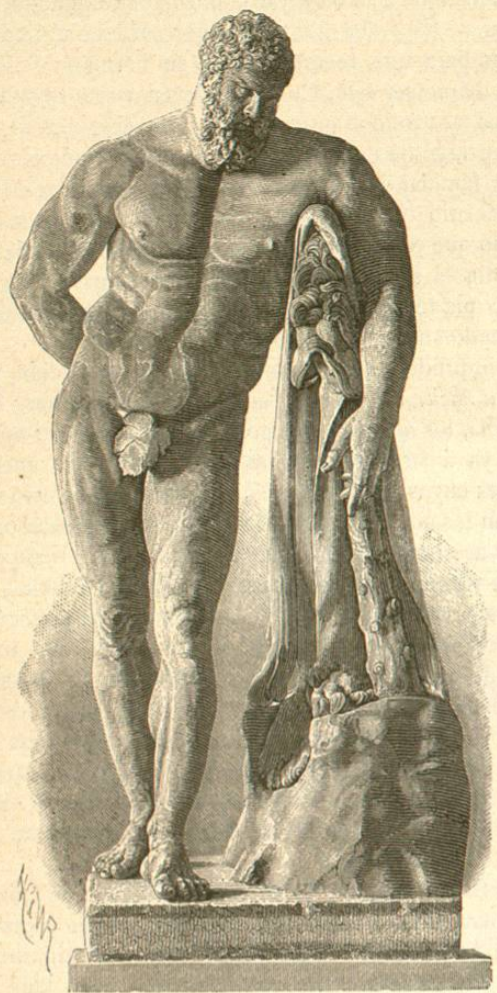


cenizas de sangre: eran dos hermanos, troyanos de origen, famosos por sus riquezas, por su saber, por sus talentos militares y por su íntima unión, pues nunca se habían separado. Complaciéndose los príncipes en esta fraternal amistad, les habían hecho correr juntos la escala de los



Hércules, conocido por Hércules Farnesio, encontrado en las termas de Caracalla (Museo de Nápoles)

cargos públicos, y habían sido al mismo tiempo, cónsules, jefes de ejército y gobernadores de Acaya sirviendo el uno de teniente del otro: hasta los dos firmaban los despachos y Marco Aurelio sancionó esta ilegalidad interesante, dirigiendo á los dos un rescripto que se lee todavía en el Digesto.

Cómodo los reunió también, pero en la muerte. Todavía se ven en el campo de Roma las grandes ruinas de su palacio, que en la Edad media se llamaban la *Roma Vecchia*. Refiere Dion que, para salvarse, Condiano hijo de uno de ellos, había hecho cundir el rumor de su muerte. Fingiendo una caída de caballo, se había hecho llevar á su casa, todo ensangrentado, y mientras un carnero se consumía en las llamas de la pira en su lugar, hubo de huir él y esconderse. Pero, sin embargo, muchos pagaron con la vida su semejanza con el joven Quintilio.

Después de la muerte de Cómodo un supuesto Condiano salió reclamando su rica herencia. Estaba muy enterado de la historia de la familia y contestaba á propósito á todas las preguntas que se le hacían. Pero Pertinax, antiguo profesor de gramática, tuvo la buena idea de hablarle en griego, y turbándose el joven, se decidió que un hombre que no hablaba correctamente la lengua de Homero no podía ser un Quintilio.

Durante la guerra de Bretaña, había sustituido Perennis

con caballeros á los senadores que mandaban las legiones en aquel país; y parece ser que los soldados se enojaron viendo que se amenguaba así el esplendor de los grados militares. Pero esta solicitud en los campamentos de Bretaña por los privilegios de los Padres Conscriptos me es muy sospechosa: allí debió de haber otros motivos de descontento. Háblase vagamente de una gran sedición que Pertinax dominó arriesgando su vida; de un emperador, Prisco ó Pertinax mismo, que las legiones quisieron nombrar, y que él no se prestó. Los soldados enviaron mil quinientos de ellos á llevar sus quejas al emperador en persona.

A la aproximación de tan numerosa embajada, que más parecía traer órdenes que súplicas, intranquilo Cómodo, salió de Roma á recibirlos.

—¿Qué es eso, camaradas, qué designio os trae por aquí? les preguntó con cierta benevolencia.

—Nos trae por aquí el designio de hacerte saber, contestaron rudamente los soldados, que Perennis conspira contra tí, pues quiere hacer á su hijo emperador.

Sin más informes ni investigaciones el cobarde príncipe entregó á su favorito y fiel servidor (1). Se le pasó por las varas de la manera más cruel, y ya exánime se le cortó la cabeza. Y su mujer y su hermana y sus hijos, todos los miembros de su familia fueron degollados (185). Los sol-



Sexto Quintilio Máximo

dados habían derribado á un ministro; muy presto harán y desharán emperadores.

No se sabe dónde ingerir la singular historia de Mater-

(1) Es el testimonio que da Dion sobre estos hechos (LXII, 12). Herodiano (I, 24) le es contrario. Sustituye los legionarios de Bretaña con soldados de la Iliria, y refiere que un filósofo de los de alforjas se presentó en medio de una fiesta á denunciar las intrigas del prefecto, que lo hizo quemar vivo.

no (1); Herodiano la refiere después de la caída de Perennis. Habiendo desertado este soldado con algunos camaradas tan audaces como él, recorrió los campos entrando al pillaje en las aldeas. Organizada militarmente su tropa y aumentada con los bandidos y condenados cuyas prisiones abría, hallóse ya bastante fuerte para mayores empre-

sas, y entonces se atrevió con las ciudades entrando á saco é incendiando muchas de ellas. Así recorrió España y Gallia sin tener nada que temer de las milicias municipales, enervadas por una larga paz y el buen orden de las provincias.

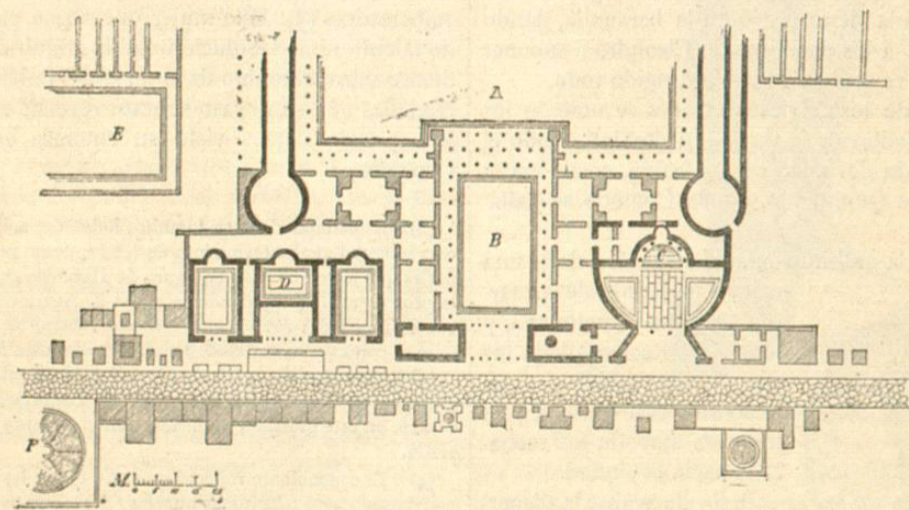
El gobierno tuvo que resolverse á enviar en su persecu-



Ruinas de la villa de los Quintilios (*Roma Vecchia*) (2)

ción tropas regulares. Pero Materno no era un bandido vulgar, y resolvió á su vez dar un famoso golpe. A la noticia de los preparativos hechos contra él dividió su gente

en cuadrillas y les dió orden de dirigirse á Italia por caminos extraviados y cita en Roma para la fiesta de la Madre de los dioses, fiesta en que estaban autorizados los disfra-



Plano de la villa ó quinta de los Quintilios (3)

vos. Proponíase Materno disfrazarse con todos los suyos vistiendo el traje de los guardias pretorianos, acercarse así al emperador, matarlo y ocupar su puesto. Pero denunciado por uno de los cómplices, fué preso y decapitado con los demás que pudieron ser habidos.

Nada autoriza á decir que el audaz bandido no podría haber realizado su plan. En un Estado en que no hay entre los ambiciosos y el poder supremo ninguna institución

viva y fuerte que ponga al príncipe á cubierto de una sorpresa, basta una puñalada para cambiar una dinastía. Ya hemos visto algunas catástrofes de estas y todavía veremos más. Bajo este respecto, la magistratura imperial no dejaba de tener analogía con el sacerdocio del templo de Diana Aricina, cuyo pontífice debía haber matado á su predecesor.

Un antiguo ganapán que llegó á ser camarero de Cómo-

(1) Dion Casio no habla de esto; pero Lampridio (*Com.* 16) menciona el *bellum desertorum*, y Eusebio (*Nig.* 3) dice de Niger que había sido enviado *ad comprehendendos desertores qui innumeri Gallias tunc vexabant*.

(2) Según Canina, *la Prima parte della Via Appia*, p. 33.

(3) A, peristilo; B, vestibulo; C, Ninfeo; D, templo de Hércules; E, termas; F, sepulcro en la misma *Via Appia* (Canina, *op. cit.*, página 32).

do, el liberto Cleandro, sustituyó á Perennis en el favor del príncipe. Había conservado todos los vicios de la servidumbre, añadiendo la codicia del lucro. Vendía los cargos públicos, los gobiernos de provincia, los juicios: víéronse en aquel tiempo muchos prefectos pretorianos en una semana y hasta veinticinco cónsules en un año. Con una parte de este dinero ganaba á las favoritas de Cómodo y hasta al mismo Cómodo. Los pretorianos seguirán pronto este ejemplo, pero el imperio será lo que ellos pongan á pública subasta: los gobiernos recogen siempre lo que siembran.

Burro, cuñado de Cómodo, quiso informarlo sobre estas indignidades; pero Cleandro lo acusó de aspiraciones al principado y obtuvo contra él una orden de muerte que se extendió á muchos senadores. Entonces tomó la prefectura del pretorio, bien que compartiendo el mando con dos colegas.

Este liberto, á quien llamaban el ministro del puñal, hubiera podido continuar impunemente diezmando la nobleza; pero se olvidó del populacho hasta el punto de hacerle pasar hambre, y el populacho hambriento lo precipitó. El malestar era ya antiguo: el precio del trigo subía y se habían suspendido las distribuciones. Cómodo quiso obligar á los negociantes á abaratar los víveres, y con esto los géneros se ocultaron y el mal siguió en aumento. Un inmenso incendio, que recordó el de Nerón, y luego una peste que sólo en Roma hacía dos mil víctimas diarias, llevó á su colmo la exasperación popular.

Estas calamidades no parecían naturales y el pueblo reclamó una víctima, suponiendo que Cleandro acaparaba los trigos. Conocida es la suerte de los que en tiempo de hambre son acusados por el populacho de acaparadores.

En ocasión de celebrarse los juegos del circo, una turba de muchachos se lanzaron á la arena dando desaforados gritos á las órdenes de una mujer varonil, virago de fiero aspecto, que sin duda desapareció en la baraunda, dando lugar á los necios y á los enemigos de Cleandro á suponer que una divinidad vengadora lo había dirigido todo.

A los clamores de los traviosos rapaces se unieron los gritos de los espectadores y la turbación dominó á todo el pueblo, que saliendo del circo en confusión, corrió extramuros al palacio de Quintiliano, donde Cómodo se hallaba á la sazón.

Para contener á la multitud mandó Cleandro darle una carga á los jinetes de la guardia germana ó pretoriana, y muchos perecieron bajo los pies de los caballos, otros quedaron mal heridos y la inmensa mayoría fué rechazada hacia la ciudad.



Cómodo y Marcia (1)

A fin de acabar la dispersión penetran los jinetes, por su mal, en las calles de Roma á la zaga de los fugitivos; pero entonces cambia de faz la fortuna: una lluvia de tejas y piedras cae sobre los atropelladores, que atacados á la vez por los soldados de las cohortes urbanas unidas al pueblo, tienen que huir á la desbandada, no sin pagar bien caro su temerario empeño.

La multitud vuelve entonces hacia la mansión imperial, vociferando contra el privado, y salvando á pesar de su furor los respetos del príncipe, por quien hacen votos de prosperidad. Una concubina de Cómodo le llama la aten-

(1) Medallón de bronce del gabinete de Francia.

ción sobre el tumulto que se acerca y el peligro que puede correr proponiéndole el medio de conjurarlo. Cómodo hace matar á su favorito y entrega su cuerpo á la canalla.

Durante mucho tiempo, pasea ésta por calles y plazas de la ciudad la ensangrentada cabeza del ministro omnipotente, clavada en la cuchilla de una lanza, y luego arrastra su cuerpo al lodazal del río. Su hijo, niño de tierna edad, que se educaba en la corte, fué machacado en la calle, y todos los que habían participado de la fortuna del favorito participaron también del oprobio de su muerte, porque después de haber servido de ludibrio á la turba sin freno ni piedad, acabaron en las gemonias (189) (2).

En los últimos días de los juegos, Cómodo, antes de bajar á la arena, hubo de entregar su maza á Pertinax. Más tarde se recordó este hecho y se vió en él un signo funesto. La expiación se aproximaba en efecto. El hijo de Marco Aurelio, á quien llama su biógrafo, más cruel que Domiciano y más impuro que Nerón, era una bestia brava que había de caer un día ú otro.



Marcia (3)

En la herencia de una de sus víctimas había encontrado Cómodo una mujer de la que se enamoró apasionadamente haciéndola su concubina. Este enlace, especie de matrimonio morganático, que reconocía la sociedad romana (4), permitía á Marcia, que así se llamaba la singular concubina, recibir casi todos los honores reservados á las emperatrices (5). Esta mujer, que, según parece, no careció de talento ni de resolución, había adquirido grande ascendiente sobre el ánimo flaco de aquel imbécil príncipe. Sus medallas que son acaso retratos revelan un carácter enérgico y bien hemos visto su entereza en el asunto de Cleandro.

(2) Espantado de este tumulto, hubo de aplicarse Cómodo con más solicitud al abastecimiento de Roma, como prueban muchas medallas que lo representan en figura de Hércules con el pie derecho en la proa de un barco y dando la mano al África que le ofrece espigas con esta leyenda: *Providentia Augusta*. Como se verá, Septimio Severo se consagrará con verdadera solicitud á este importante servicio.

(3) De una piedra grabada (amatista de 18 milímetros por 14) del gabinete de Francia, n.º 3510. M. C. Lenormant ha reconocido á Marcia en este grabado, publicado con el nombre de Safo, por Mariette.

(4) El concubinato romano no tenía todos los efectos civiles del matrimonio legal ó legítimas nupcias (*justa nuptia*), pero no incurra en el *stuprum* anexo á las uniones ilegítimas... *nec adulterium per concubinatum... committitur nam, quia concubinatus per leges nomen assumpsit, extra legis poenam est* (Dig. XXV, 7, 3, § 1). Era un matrimonio de índole particular, que subsistió hasta el pontificado de León VI, el Filósofo (Cf. Accarias, *Compendio de derecho romano*, tomo I, p. 193-5). Acaso los hijos seguían la condición de la madre, como en los matrimonios morganáticos de nuestros días, y no quedaban sujetos á la patria potestad. El nombre de concubina no era entonces depresivo ni menos deshonroso. Una viuda escribe en el sepulcro de su marido *concubina et heres*: (Fabretti, *Inscrip.*, p. 337). Un palafrenero (*jumentarius*) admite en su sepulcro á sus consocios, á sus hijos *et uxoriibus concubinisque* (Wilmanns, 330). Vespasiano, Antonino y Marco Aurelio habían tenido concubinas, y Constancio Cloro y Constantino las tendrán también.

(5) Los tenía todos, dice Herodiano (I, 50), salvo el fuego sacro, que no se llevaba delante de ella, como se acostumbraba con las emperatrices de *justas nuptias*. Capitolino (*Max. jun.* 1) trata muy detalladamente del traje de las emperatrices.

Marcia era cristiana (1), hasta donde lo podía ser una concubina de Cómodo; á lo menos favoreció á los cristianos, que le debieron la paz que disfrutaron en aquel reinado. Pero haciendo el vacío al rededor de su trono, los insensatos tiranos acaban por volver contra sí mismos los instrumentos de su tiranía y hasta los de sus placeres. Marcia, el familiar Eclecto, y Leto el prefecto del pretorio se sintieron amenazados. ¿Sorprenidió Cómodo algunas palabras imprudentes? No se sabe; pero él temió una conspiración, que provocó, si no existía aún. Herodiano refiere por manera demasiado dramática acaso el último incidente que no hizo sino decidir el día de la ejecución.

La víspera de las saturnales, hubo de empeñarse Cómodo en ir á pasar la noche á una escuela de gladiadores, de donde había de salir por la mañana para la fiesta del día, armado de pies á cabeza y precedido de todos sus compañeros *in gladio*. En vano su mujer y sus íntimos porfiaron con las más vivas instancias para hacerle desistir de tan indigno empeño: Cómodo los despidió en son de enojo; y para acabar de una vez con aquella oposición á su gusto y voluntad escribió en unas tablillas los nombres de las nuevas víctimas que debían caer la noche siguiente: los primeros nombres que se leían en ellas eran los de Marcia, Eclecto y Leto.

Cuando salió de su cámara para ir al baño, puso las tablillas bajo la cabecera de su cama; pero un niño cuyos juegos divertían al príncipe y que divagaba libremente por todo el palacio, descubrió en sus travesuras las escondidas tablillas y las tomó para jugar. Marcia lo encontró casualmente, y mirando sin interés las tablillas, sorprendió el gran secreto, leyendo la lista fúnebre, su propia sentencia de muerte.

Sin perder momento avisó á los que Cómodo le daba necesariamente por cómplices, y convinieron en que al salir del baño le sirviera al príncipe una bebida emponzoñada. Pero la ponzoña sólo le produjo un vómito, y entonces los otros le soltaron, como una bestia brava, un gladiador, un atleta, y muy luego quedó estrangulado en sus poderosas manos (31 dic. 192).

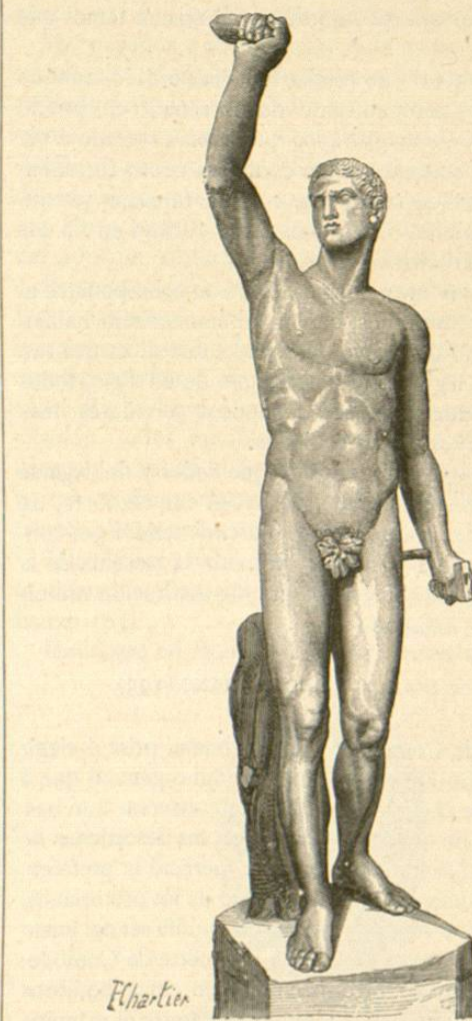
Su cuerpo, secretamente sacado del palacio, fué enterrado precipitadamente y se hizo correr la voz de que el emperador había muerto de un derrame cerebral. El senado, que lo incensaba ayer, condenó su memoria con todas las maldiciones, y quería declararlo enemigo público y aun arrojar al río su cadáver: Pertinax se opuso á ello; pero se derribaron sus estatuas y se arrastraron por las calles sus imágenes, que en todas partes, y principalmente en África, se rehabilitarán cuando Severo lo haga un dios. Tenía Cómodo treinta y un años, la misma edad á que pereció Nerón; Caracalla fenecerá á los veintinueve; Calígula murió á los veintiocho, y Heliogábalo caerá á los veintiuno. Los verdaderos tiranos no envejecen.

Cómodo tiene contra sí muchos recuerdos malos para que no le tengamos en cuenta uno bueno siquiera: dió la paz á los cristianos y les abrió las puertas de las prisiones en que su padre los había encerrado (2).

(1) ... πολλά τε ὑπὲρ Χριστιανῶν σπουδάζει: Este testimonio de Dión (LXXII, 4) está corroborado por el tratado *Philosophumena* (IX, 12) que la llama *φιλῶσις*; y refiere que encargó á un sacerdote, al eunuco Hiacinto, que la había educado, de ir á libertar á los desterrados cristianos de Cerdeña. La medida debió ser general. «En el reinado de Cómodo, dice Eusebio (*Epist. eccl.* V, 21), gozamos de una tranquilidad completa.»

(2) Se lee en Eusebio (*Hist. eccl.* V, 21): «Apolonio fué acusado por un ministro del demonio en un tiempo en que no estaba esto permitido. Perennis envió al suplicio al delator; pero á su vez puso á

Desde un punto de vista más general, comienza su principado, para la historia del imperio, un nuevo período: es el fin de los tiempos felices ó el principio de los infaustos. Un solo reinado hubo de bastar para desarrollar el funesto germen que reposaba como adormecido en el seno de la monarquía imperial: el predominio de los soldados. Este mal había estallado ya á la muerte de Nerón y el imperio estuvo en peligro de perecer: la mano firme de Vespasiano, de Trajano y Adriano hubo de sofocar la primera vez; y estalló de nuevo cuando los azares del nacimiento ó del tumulto hicieron llegar á la cabeza de las legiones en lugar de príncipes gloriosos, respetables y respetados, un gladiador como el grosero Cómodo ó un sátiro como el sirio Heliogábalo. Desde que el soldado vió de cerca la mengua de sus príncipes y la vil adulación del senado, cayó la autoridad del mando y de la ley civil.



Joven atleta (estatua del museo de Nápoles)

En los campamentos la vecindad del enemigo mantenía un resto de la antigua disciplina; pero en Roma, en medio de las seducciones de la gran ciudad, los pretorianos habían contraído muchas necesidades, que exigían mucha licencia. Pertinax se los enajenó prohibiéndoles maltratar á los ciudadanos. Cómodo al contrario; siendo ellos su úni-

Apolonio bajo la jurisdicción del senado por la cuestión de fe, y no habiendo querido abjurar de ella, fué decapitado, porque la ley prohibía absolver á los cristianos acusados que insistían en sus creencias. Así, el prefecto del pretorio castigó de muerte al acusador de un cristiano, lo que debía tener ya á raya á los demás delatores; pero á la vez aplicó el rescripto de Trajano á Apolonio que siguió confesando su fe. Es una jurisprudencia bien marcada.

ca defensa contra la nobleza que diezaba, tenía con ellos funestas condescendencias, y sus desconfianzas, respecto de los magnates, lo obligaban á dar la espada del pretorio á un advenedizo y hasta á un liberto.

A su vez estos generales fortuitos tomaban sus precauciones contra el mismo emperador procurando asegurarse de sus cohortes, y para ello las componían de hombres á los cuales se lo podían exigir todo, porque ellos mismos no les negaban nada. Con esto llamaban á sus filas, en otro tiempo abiertas á los italianos y después á los más bravos provincianos, hasta á los bárbaros. El jefe de la banda que veremos caer sobre Pertinax era un tongro. Y tales soldados debían cuidar muy menos del honor del nombre romano que del medro que podían sacar del mismo temor que inspiraban.

Así, pues, el imperio no estaba todavía perdido, aunque sí bien meneado; pero enfrente de un senado envilecido por el príncipe, y de magistrados que habían venido á ser impotentes, una soldadesca tan codiciosa como turbulenta, hará en interés de su misma codicia funestas revoluciones que arruinarán las provincias y abrirán en fin las fronteras á los bárbaros.

El orden militar muy luego llegará á sobreponerse al orden civil. Los Antoninos, con muy buen consejo, habían tomado por punto de apoyo el senado; sus sucesores van á tomarlo en las legiones, y por espacio de un siglo, todos los príncipes, menos tres, serán sumisos servidores, más bien que los dueños de los soldados.

Los oficiales á su vez tendrán que ceder y doblegarse ante los hombres que hacen y deshacen emperadores; de modo que el poder político de los ejércitos tendrá por consecuencias necesarias y fatales, primero la pérdida de la disciplina, y luego la ruina de la grande institución militar de Augusto y de Adriano (1).

II.—PERTINAX Y DIDIO JULIANO (193).

Los asesinos de Cómodo se dieron buena prisa á elegir emperador. Publio Helvio Pertinax, antiguo general que á los sesenta y seis años de edad parecía conservar aun bastante vigor para no temer que cayera en los desórdenes de la juventud ni en la impotencia senil, mereció la preferencia, y Leto lo acompañó al campamento de los pretorianos.

Famoso por su severidad, Pertinax no podía ser del gusto de unos soldados, que se dolían de la muerte de Cómodo; pero no tenían á mano otro personaje en cuyos hombros poner la púrpura imperial; de modo que entre el príncipe



Moneda de Pertinax (2)

que no podía ya valerles y el que les prometía un donativo, se resignaron á aceptar el hecho consumado.

En cuanto al pueblo, el pueblo había aplaudido á Có-

(1) En aquella época, dice Herodiano, comenzó la corrupción de los soldados; desde entonces mostraron la más insaciable y vergonzosa codicia y al mismo tiempo el mayor desprecio para con el príncipe.

(2) IMP. CAES. P. HELV. PERTIN. AVG. Cabeza laureada. Reverso: AEQVIT. AVG. TR. P. COS. II. La Equidad en pie con la balanza en una mano y el cuerno de la abundancia en la otra. Moneda de oro.

modo y aclamó á Pertinax: era un espectáculo y un congnario más.

Con Cómodo hemos visto cómo un hijo de príncipe había llegado de pronto á todo; con Pertinax veremos cómo llegaban también las menores gentes. Hijo de un liberto, negociante de carbón en Alba Pompeya de Liguria, Pertinax había procurado al principio ganarse la vida dando lecciones de gramática; pero el oficio no daba de sí para tanto, y entonces solicitó y obtuvo por influencias de su patrono el grado de centurión.

Su mérito lo elevó rápidamente á los primeros puestos de la milicia y andando el tiempo á los del Estado. Fué prefecto de cohorte en Siria; comandante de escuadrón en Bretaña, y en la Mesia comisario de la vía Emilia para vigilar la distribución de las pensiones alimentarias; jefe de la flotilla del Rin; receptor del fisco en Dacia con 200.000 sesteracios de sueldo; tribuno legionario, senador, pretor, legado de una legión que se distinguió bajo su mando en la Recia y en el Nórico; cónsul, en fin. Los servicios que había prestado en la época de la rebelión de Casio contra Marco Aurelio, le valieron el mando del ejército del Danubio; después el gobierno de las dos Mesias, de la Dacia y de la Siria.

Así, pues, á los cincuenta y cuatro años había desempeñado funciones muy diferentes y administrado cuatro provincias consulares. Sus talentos, sin embargo, no habían superado, al parecer, la común medida; y sus rápidos adelantos prueban que la vía de los honores estaba abierta á todos los que sabían marchar por ella.

No había vuelto á ver la ciudad eterna desde su nombramiento para el senado, y cuando volvió, hubieron de murmurar malas lenguas que hubiera adquirido sobrados bienes en sus diversas funciones. Pertinax no se había creído en el deber de arruinarse en ellas, y una estricta economía bastó sin duda para multiplicar los bienes en su casa (3). Consignemos dos rasgos en su honor: Pertinax conservó consigo á su madre en sus diferentes mandos, y cuando levantó en su ciudad natal bellos edificios, encuadró en ellos la tienda de su padre, la carbonería.

Perennis lo hizo desterrar; pero á la muerte del favorito, Cómodo le levantó el destierro y le dió el mando del turbulento ejército de Bretaña. Después lo encargó de los abastecimientos de Roma, *praefectus frumenti dandi*, le dió el proconsulado de Africa, y lo que era ya el supremo honor, la prefectura de la ciudad.

Estos altos cargos maduraron su experiencia. Era honrado, de suyo, exento de ambición, un tanto avaro, como todos los que han hecho difícilmente la fortuna; pero consagrado al bien público, habría figurado entre los mejores príncipes, si lo hubieran dejado vivir, ó á lo menos si hubiera él sabido defenderse.

El poder lo espantaba y no estaba en él muy bien hallado (4). En el senado ofreció el imperio á Pompeyano, que había protegido sus comienzos, y á Glabrió a quien

(3) Herodiano afirma que era pobre (II, 3). Su madre murió á su lado en la Germania Inferior, donde se conservó su sepulcro durante mucho tiempo (León Renier, *Mé. d'épigr.*, p. 272).

(4) *Horruisse illum imperium epistola docet.* Capitolino que habla de esta carta (15) tuvo la inadvertencia de no insertarla, y es sensible tanto más, cuanto que Juliano, en los *Césares*, acusa á Pertinax de haber sido cómplice, sino activo, pasivo á lo menos, de las maquinaciones en que pereció el hijo de Marco.



Pertinax laureado (Gran bronce)

se suponía oriundo de Eneas. Pero eran hombres prudentes, verdaderos sabios, y prefirieron dejarle el honor del cargo con todos sus peligros. Algunos días después habiéndose arriesgado otro senador entre los pretorianos, quisieron estos proclamarlo emperador. A duras penas pudo escaparse de sus manos, con la toga hecha jirones, refugiándose en el mismo palacio de Pertinax, y todavía para asegurarse más se alejó de Roma. Este desinterés revela una situación llena de ansiedad.

Pertinax rehusó para su madre el título de Augusta y el de César para su hijo. «Ya habrá tiempo, decía, ya habrá tiempo de dárselo, cuando lo haya merecido (1).» Todos los suyos, deudos y amigos, permanecieron en la modestia de su condición; les abandonó sus bienes personales, y él mismo fué modesto y sencillo en su vida privada. A la nueva de su advenimiento, sus compatriotas de las montañas de Liguria, gente asaz codiciosa, hubieron de acudir en turbamulta y en ansia de explotar la gran fortuna que se les venía á las manos, digámoslo así; pero Pertinax los despidió como habían venido.

Pertinax tenía que realizar el mismo empeño que Vespasiano se había impuesto, es decir restablecer el orden en el Estado, en las magistraturas perturbadas por tantos nombramientos arbitrarios, en la hacienda pública arruinada por prodigalidades insensatas, y en el tesoro, donde no había encontrado más que un millón de sesteracios.

Para allegar el dinero que los soldados y el pueblo reclamaban, vendió en pública subasta los viles mancebos de su predecesor, los cómplices ó víctimas de sus libertinajes y desórdenes, todo un harem, sus armas preciosas, sus vestidos de seda y oro, sus muebles y mil curiosidades de valor, entre las cuales figuran vehículos de silla móvil, que giraba fácilmente por medio de un aparato articulado, marcando al mismo tiempo la hora y el camino recorrido. Despojó de sus bienes á los bufones y libertos y expulsó de palacio todas las bocas inútiles. Los glotones que en tiempo de Cómodo vivían de la mesa imperial, no le perdonaron lo que llamaban ellos su ruindad y muy luego soltaron la lengua contra él.

Tan cuantiosos eran los recursos del imperio que menos de tres meses de una administración económica y severa permitieron á Pertinax cumplir la mitad de sus promesas á los pretorianos, pagar muchas deudas del Estado y continuar las obras de utilidad pública. Suprimió algunas de las trabas que embarazaban el comercio, eximió de impuestos por espacio de diez años á los que pusieran en cultivo las tierras eriales de Italia y restableció la seguridad con la rehabilitación de las víctimas de Cómodo, la amnistía de los desterrados, la condenación de los delatores y la protección concedida á los ciudadanos contra los desafueros de la envalentonada é insolente soldadesca.

Pero ni al pretorio ni al pueblo les tenía cuenta este orden, tal y tanta economía. Había cometido la imprudencia de prohibir á los pretorianos que llevaran armas por las calles, para evitar sus brutales atropellos, y de decirles: «En nuestro siglo se han introducido muchos desórdenes que con vuestro concurso esperamos corregir,» y su primera consigna fué: *militemus*, combatamos. En estas pala-

(1) Se ha encontrado en Metz una inscripción en que se da el título de Augusta á su madre, y el de César á su hijo (L. Renier, *Mélanges d'épigr.*). Aquellos provinciales hubieron de creer que las cosas habían pasado en Roma como era uso, ó se hubieron de permitir una lisonja, que suponían le sería accepta al príncipe. Las inscripciones en nombre de Pertinax son muy raras. Se acaba de encontrar una en Africa: *Divo Helvio Pertinaci*; es del tiempo en que Severo lo llamaba padre: *Divo Pertinaci Augusti patri*.

bras habían visto ellos la intención de reducirlos á la antigua disciplina y al servicio de guerra. En el pueblo suprimió las distribuciones de trigo que desde Trajano recibían los niños de nueve años arriba. También se mostró poco dispuesto á dejarse conducir por Leto, el cual miró esta desconfianza como un presagio de desgracia y desde luego se dió á trabajar en secreto las cohortes pretorianas.

Con todo esto se formó una conspiración ó á lo menos un consular, de nombre Falco, fué acusado de aspirar al imperio, y ya iba el senado á condenarlo, cuando Pertinax juró que nunca permitiría que en su reinado se condenara á muerte á un senador. Pero habiendo acusado un esclavo á muchos pretorianos de complicidad con Falco, Leto los hizo matar é imputó al príncipe lo odioso de la ejecución.

Mal pagados y sospechosos á la causa del príncipe, los turbulentos pretorianos resolvieron desembarazarse de todo cuidado y de un emperador tan severo como avaro. Trescientos de ellos en armas se dirigieron al palacio imperial, donde había bastantes soldados para rechazar la invasión de un puñado de facciosos; pero toda la servidumbre, los que llama Dion los cesaristas, arruinados por la economía del príncipe, abrieron las puertas á los asesinos.

Pertinax creyó detenerlos é imponerse saliendo á recibirlos desarmado, y en efecto, la presencia del príncipe inerme, contuvo un momento á la soldadesca, y ya algunas espadas volvían á su vaina, cuando un tongro se lanzó sobre él y lo hirió. Con esto, luego al punto cesó toda vacilación: todos innobles y cobardes todos, acometen y hieren y derriban al hombre solo é indefenso, cuya cabeza cortan en fin y clavada en una lanza llevan en ruidoso triunfo al campamento pretoriano.

Sólo Eiecto había intentado defenderlo; pero murió en la demanda. Pertinax reinó sólo ochenta y siete días (28 marzo 193).

Hallábase en Roma á la sazón el senador Juliano, perso-



Manlia Escantila, mujer de Didio Juliano (2)

naje acaudalado y clarísimo, como que descendía del gran jurisconsulto de Adriano y se había criado en casa de Domicia Lucila, madre de Marco Aurelio. Con todo eso era hombre de poco espíritu y de mucha vanidad, aunque pueril, á quien la práctica de la vida no había enseñado nada. Había desempeñado honradamente los más altos cargos del Estado, regido muchas provincias, triunfado de algunas tribus germánicas, y á los sesenta años, edad que

(2) Busto del Capitolio, sala de los Emperadores, n.º 47.